

DIMENSION Y DESTINO DE CESAR VALLEJO

Ea! Buen primero. *CESAR VALLEJO*

I

El hombre es el ser que plantea los problemas y procura resolverlos. El hombre es pues voluntad y carácter. Vale lo dicho por Máximo Gorki: *Hay que proclamar una vez y para siempre que todo lo que se realiza sobre la tierra viene realizado por y para el único Amo, que es al propio tiempo el único Trabajador; en una palabra, por y para el Hombre* (1). Las energías cósmicas lo pusieron sobre la tierra, mas él es su descubridor. Porque la tierra —su continente y su contenido— es la medida del hombre. Es el creador de todo lo que le sirve: desde sus manos hasta Dios.

Fortalecer la presencia del hombre, coronar su aventura individualista, ha sido la inquietud de César Vallejo, hombre y poeta. No propició la fuga por los laberintos de la angustia (2). Su poesía no es una postulación. Es algo más veh-

(1) La revolución y la cultura, pág. 29. La Bolsa de los Libros, Bs. As.

(2) Vallejo es un agonista. Ofrece, en ese sentido, una extraordinaria semejanza con Quevedo y con Kierkegaard, que me complazco haber entrevisto. No creo, por otra parte, que la analogía se deba a la simple influencia que el maestro ejerce siempre en el discípulo. Se trata, más bien, de una coincidencia espiritual.

—Es la de Vallejo un alma gemela de la del tratadista de la angustia. XAVIER ABRIL, *Vallejo*, pág. 87. Ediciones Front. (La agónica se-

mente: es una afirmación del ser. La poesía de Vallejo ha partido del hombre. La indagación que se haga de su obra, no puede renunciar al conocimiento profundo del poeta (3). Los presupuestos de la crítica literaria se enervan en el instante en que los planteamientos se deslizaran con omisión del hombre que fue Vallejo. La poesía fue su herramienta. Fue poeta como pudo ser obrajero. La palabra era el hacha. De suerte que la obra poética de Vallejo es la geografía de un espíritu que no pudo permanecer indiferente al clamor del hombre prisionero. Salió al rescate de su personalidad (4). Fue una manera de devolverle al hombre su jerarquía autonómica.

Vallejo comunicó a la poesía la categoría del hombre. La obra poética es el testimonio de su ser —Vallejo— y rastreó su propia peripecia humana. El acento dramático de su poesía es el contenido de la existencia. El individuo nace libre, pero luego es aherrojado por los elementos que procuran anular el desarrollo del ser, su rica individualidad, su proeza hacia la absoluta libertad. De esta forma, la producción de Vallejo es eminentemente autobiográfica. Su actitud consistió en una tensa porfía por la permanencia invariable del ser-en-

mejanza con Quevedo y Kierkegaard, no preocupó a Vallejo. El quiso parecerse a sí mismo. Haber *entrevisto* la *extraordinaria semejanza* —y sostenerlo— puede ser un exceso de exquisita vanidad. Lo que no se logrará, quizá, es convencernos de que Vallejo hubiese leído a Quevedo y Kierkegaard. Si tal ocurrió, no tuvo implicancias en la obra posterior de Vallejo puesto que la sustancia poética trascendental corresponde a la interioridad emotiva de Vallejo. La cultura intelectual le debe poco al auténtico rebelde (N. del A.).

(3) Sus obsesiones no brotan de una subjetividad martirizada por representaciones abstractas o transfiguraciones mágicas sino son la consecuencia interior de horribles hechos cotidianos, infortunios secretos, situaciones prácticas insertas en la temporalidad del hombre y que su segundo sentido perceptivo y metafísico penetra hasta lo profundo, hasta la revelación de nuevas dimensiones de la existencia real. HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA, *En el aniversario heroico de César Vallejo*. (Reproducido por XAVIER ABRIL, *Vallejo*, pág. 113. Ediciones Front.).

(4) El hombre supremo que, en lo que va del siglo, ha parido América. PABLO CORVALÁN, *Algunos testimonios*. (JUAN LARREA, *César Vallejo o Hispanoamérica en la órbita de su razón*, pág. 160. Universidad Nacional de Córdoba).

sí-mismo. Fiel a los sentimientos de la solidaridad, echóse a los hombros los dolores múltiples y dispersos. En su vida, se combinaron los sufrimientos de la especie. Y la brega obstinada hacia la preservación de su autonomía, tuvo necesariamente que ser el equilibrado punto de partida del hombre que quiere ser EL, UNO, no el UNICO. Ser-uno es la posición ideal para residir en la comunidad porque la comunidad no tiene necesariamente que fagocitar al individuo (5).

Uno de los críticos de César Vallejo —Xavier Abril— dice acerca de él lo siguiente: *El hombre es la medida del canto. El problema del hombre atraviesa, con tonalidad creciente, toda su obra. Vallejo tuvo siempre fe en el destino superior del hombre* (6). En el examen de su obra ha de privar el conocimiento de sus ideas y los modos de comportarse en el seno de la sociedad. Es una manera de instalarnos en el recinto de la poesía. Si es cierto que *tuvo fe en el destino superior del hombre*, es preciso clarificar el concepto de *destino superior* que tenía Vallejo en torno del porvenir del hombre.

Vallejo fue un poeta que se había insertado en las problemáticas político-económicas que conmueven al individuo (7). No ignoró de qué manera son trapeados al hombre los caminos de la libertad. Y si es cierto que la vida de relación está regida por principios éticos que fraguan la convivencia humana, no es menos cierto que fuerzas regresivas interrumpen violentamente el desarrollo de la asociación libre y espontánea. La tragedia del hombre es el abusivo tratamiento de

(5) Este gran lírico, este gran subjetivo, se comporta como un intérprete del universo de la humanidad. JOSÉ CARLOS MARIATEGUI, *Cuatro grandes poetas de América*, pág. 11. Perlado, Bs. As.

(6) El hombre, *Vallejo*, pág. 49. Ediciones Front.

(7) La originalidad del poeta, que algunos críticos confundieron como extravagancia, se sostiene en su ideología, en su concepción del universo, de un lado, y su interpretación de la sociedad, del otro. XAVIER ABRIL, *Vallejo*, pág. 65. Ediciones Front. (César Vallejo no era ideólogo, sólo un idealista: tenía una concepción humana de la sociedad y del universo. No le preocupó la originalidad. Lo original en él son los modos de su poesía. N. del A.).

un sistema político que ha codificado la esclavitud y la miseria. No son éstos los temas de la poesía de Vallejo. El dolor que asoma en sus páginas, es la impotencia de Vallejo para salir quijotesicamente en defensa de los seres ofendidos y maltratados. El padecimiento de Vallejo fue una manera de sentir íntimamente la derrota del hombre universal, la conciencia de que en el transcurso de su existencia no tendría oportunidad de encontrar al hombre redimido de los fenómenos que frustran su *destino superior*, el libre albedrío.

Su poesía fue una afirmación de la voluntad. Es preciso destruir todo aquello que *re-liga* al individuo con agentes de acatamiento y sometimiento. De ahí esa exaltación del ser individual:

Oh unidad excelsa...
Quiero reconocer siquiera al 1... (*)
Acercó el 1 al 1 para no caer...

La desesperada búsqueda de su entera individualidad es la que transita por su verso. Redujo sensiblemente sus creencias. Creyó en sí mismo:

Tengo fe en que soy

(*) En la reflexión vallejana acerca de la unidad, podemos comprobar la estela doctrinaria de Plotino: la presencia de lo UNO. Que el sentir del místico neoplatónico influyó en el pensar del poeta, puede advertirse en uno de sus versos:

El alma del mundo

XAVIER ABRIL, *Vallejo*, pág. 60. Ediciones Front. (Este solo verso de Vallejo —según Abril— lo emparenta con el pensamiento de Plotino y demuestra el grado de su influencia en su formación espiritual. Es evidente que Vallejo era genial. Luego, para decir que el *mundo* tiene *alma* le fue preciso leer a Plotino. O, lo que es lo mismo, sin Plotino, Vallejo no habría podido concebir este verso, simple y claro:

El alma del mundo

¿En qué parte de su obra, entonces, descubriremos el genio profético de Vallejo? N. del A.).

No lo abrumaron las teorías políticas ni las formulaciones filosóficas (°). Fue un hombre de cultura que se apasionaba por sus ideas. No se detuvo en cuestiones puramente metafísicas, mera especulación. Lo que hay de metafísico en su poesía existe en la naturaleza de los temas que trata. La vida, la muerte, la libertad, el amor, el alma, son problemas que juegan en la entraña de todo ser. La misión del poeta es darle una categoría universal. La experiencia de Vallejo es el dolor de quien comprendió la dimensión de su propia tragedia: la de que no pudo vivir, en su condición de hombre libre, todas las instancias del ser.

II

La búsqueda del ser poético de Vallejo fuera de la palabra, es una proposición que lo aleja radicalmente de su contorno literario y destruye al poeta. Vallejo no reside en la imagen. La imagen es la poesía de Vallejo. El hombre está en la palabra. El lo dijo una vez: *Hacedores de imágenes, devolved la palabra a los hombres*. Fuera del recinto de la palabra, Vallejo es una sombra fantasmática. A esta deplorable condición lo redujo Xavier Abril. No penetró el sentido recóndito de su palabra (1°). La defraudación es absoluta. Lo

(°) La presencia del pensamiento hegeliano en la poesía de Vallejo —el asunto del alma, entre otros— me parece irrefutable. Fiel a Hegel, desde un principio, Vallejo expresó su adhesión a ese aforismo del maestro: *Su alma retirada en sí misma*, que proclama el estado místico por excelencia del razonar vallejiano:

Representado al alma en su retiro.

XAVIER ABRIL, *Vallejo*, pág. 96. Ediciones Front.

(1°) La palabra —a través de la cifra— toca la zona del Misterio: fuente de la pura poesía. Lo aparentemente desarticulado de la sintaxis obedece a una estructuración dialéctica que el Número acredita.

—Si la mentalidad de Vallejo, desde un principio, reflejó el influjo de "lo uno divino", posteriormente en su obra final, invoca a Pitágoras y a Heráclito, según Mehlis. XAVIER ABRIL, *Vallejo*, págs. 63/64. Ediciones Front.

ha quitado de la médula ⁽¹¹⁾. Fuera de ese continente, la desolación. En la palabra subyace la pluralidad de Vallejo. Porque la palabra —que es idea— es la que da noticia del hombre. No penetrar en la palabra —evadirse del universo de sus ideas— importa tanto como permanecer extraño al hombre, al descubridor de su propia vida, al ser inaugural de la poesía. *La palabra* —dice Rubén Darío— *nace juntamente con la idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra* ⁽¹²⁾. La palabra fue para César Vallejo —como para Darío— una representación de su contenido emocional: el hombre. La poesía no fue un estado de placidez física, puro canto, sino un vehículo de comunicación. *La poesía* —torna a decir Rubén Darío— *existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte* ⁽¹³⁾. El problema metafísico no es de un hombre sino del hombre. Inquietarse es inquietar. En Vallejo, la palabra adquirió sustancialidad, universalidad, alma. *Como cada palabra* —insiste Darío— *tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces* ⁽¹⁴⁾. Vallejo —que sintió profunda admiración por Rubén Darío— ajustó su poesía al concepto fundamental. Le dio un alma, su alma. Cada palabra de Vallejo corresponde a la esencialidad de Vallejo. Un poema de Vallejo no es una mera pieza literaria. Es, en totalidad, una vivencia de Vallejo, el contenido experimental, el trémulo documento de su desgarrada entraña fraterna. En Vallejo es exacta la afirmación de Paul Valéry: *La palabra nos habita y habita todo*. Comprendió —como lo quiso César Pavese ⁽¹⁵⁾ —*que las palabras son tiernas cosas, intratables y vivas, pero hechas para el hombre y no el hombre para ellas*.

En César Vallejo se aprende el sentido y el destino de la palabra. En él la palabra no es un ejercicio ornamental, retó-

⁽¹¹⁾ ...hizo poesía con el tuétano de la palabra. PABLO ROJAS PAZ, *Cada cual y su mundo*, pág. 121. Editorial Poseidón, Bs. As.

^(12/13/14) *Obras completas*, pág. 201. Anaconda, Bs. As.

⁽¹⁵⁾ El oficio del poeta. Editorial Nueva Visión, Bs. As., 1957. .

rico. Regresa a la palabra en su sentido primicial, óptico, a la palabra creadora, el logos espermático, tal como advierte Ezequiel Martínez Estrada la palabra en Leopoldo Lugones. Medir el valor de la palabra es una revelación puesto que cada palabra caracteriza a un espíritu de antiguas claridades. Fue a la claridad de la palabra pues ella servía honradamente a la intencionalidad de sus ideas. Y la imagen —que es la unidad de las palabras— no distorsiona el pensamiento, no coloca al pensamiento en las zonas de la adivinación. Vallejo no es algebraico ni pitagórico (16). No es poeta de rigor científico y como hombre de ideas categóricas, comprendió el grado heroico del individuo y sintió hondamente la belleza de la libertad (17). No fue un profeta, apenas un indicador de caminos. Hizo la huella a través de su propia disconformidad, rebelde a los yugos aun cuando éstos fueran idiomáticos. En suma, el hombre que cabe en el fulgor de la palabra genésica.

Reinstalarlo en el universo de su poesía es ir hacia la dimensión del hombre, no del esteta. La poesía de Vallejo es una exigencia, un mandato, una militancia. Es preciso retornar al hombre y abarcar el tamaño de su tragedia, que es su soledad, nuestra soledad. La soledad de Vallejo es la soledad

(16) Existe otro aspecto, vinculado al verbo, relativo al Número, que emerge de *Los Heraldos Negros* y hace crisis en *Trilce*, libro algebraico y pitagórico. XAVIER ABRIL, *Vallejo*, pág. 59. Ediciones Front.

(17) XAVIER ABRIL reproduce en su libro dedicado a Vallejo, pág. 239, la carta que éste le enviara a Antenor Orrego. En ella, Vallejo alude a la aparición de *Trilce*. Es la mejor página del libro de Abril puesto que es lo más auténtico que se haya escrito en torno a la obra de Vallejo. Dice así: *El libro ha nacido en el mejor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy, y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista: ¡la de ser libre! Si no he de ser hoy libre, no lo seré jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa fuerza de heroicidad. Me doy en la forma más libre que puedo y esta es mi mayor cosecha artística. ¡Dios sabe hasta dónde es cierta y verdadera mi libertad! ¡Dios sabe hasta cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en libertinaje! ¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para mí pobre ánima viva!*

del hombre en cualquier latitud de la tierra, lo difícil que le resulta a éste asegurar su felicidad, afirmar la grandeza de sus sentimientos, ser, por siempre, un hombre bueno. Lo dice así:

Hay ganas de no haber tenido corazón.

Puesto que lo tenemos, es preciso usar de él. Ni el *hoy* y el *mañana* serán interpretados cabalmente por el hombre si no consulta previamente a su corazón. Es menester la unidad del hombre por el corazón.

Aceroo el 1 al 1 para no caer...

Las ideas que sirvan al corazón han de ser las que den contenido al hombre y el mundo por venir. Este es el sitio que corresponde a César Vallejo.

III

EXPLICACION DE ALGUNOS POEMAS

POEMA LX

Es de madera mi paciencia,
sorda, vegetal.

Día que ha sido puro, niño, inútil,
que naciste desnudo, las leguas
de tu marcha, van corriendo sobre
tus doce extremidades, ese doblez ceñudo
que después deshíláchase
en no se sabe qué últimos pañales.

Constelado de hemisferios de grumo,
bajo eternas amélicas inéditas, tu gran plumaje,
te partes y me dejas, sin tu emoción ambigua,
sin tu nudo de sueños, domingo.

Y se apolilla mi paciencia,
y me vuelvo a exclamar: ¡Cuándo vendrá
el domingo bocón y mudo del sepulcro;
cuando vendrá a cargar este sábado
de harapos, esta horrible sutura
del placer que nos engendra sin querer,
y el placer que nos DestieRRa!

A Juan Larrea le preocupó mucho la grafía de Vallejo. Y se detuvo, por ejemplo, en la palabra DestieRRa. Del resto del poema, nada. Alguna referencia, a lo sumo, a cuándo vendrá el *domingo* a cargar con este *sábado*. Detiéndose en lo superficial. Queda intacto lo profundo del poema. No digamos la belleza. La poesía de Vallejo carece de belleza literaria (18). No es un malabarista de la palabra. Es una nueva poesía mediante la renovación de las formas poéticas tradicionales. Es la palabra pura, descarnada, fundamental, puesta al servicio de una intencionalidad subjetiva, honda, humana.

Vallejo soportó el dolor. Su padecimiento no fue una fórmula literaria. Su dolor fue físico y ético. Estaba ganado para la eticidad. Sintió el dolor de la humanidad puesto que *nada alcanzó a ser libre*. (Poema LVII). Esta perspectiva permitirá extraer la significación subjetiva del poema.

Es día de domingo. Y, por ello, se halla ocioso, sin estímulos. De ahí que sienta que su paciencia estuvo hecha de madera. Era una paciencia distinta de la de Job. Era sorda y vegetal, sin resonancia. Es un día el del verso, porque es uno el día del hombre. Es un día en que el verso se le viene encima, aupado en esa soledad de domingo, sin horizontes. Es un día para pensar que no piensa.

Día que has sido puro, niño, inútil. . .

(18) Vallejo es, no solamente la anti-tradición y la anti-academia, sino el caso más claro de anti-literatura. Y el sufrimiento que le costó esa lucha hasta lograr retorcier, rehacer, inventar un lenguaje para las cosas no dichas todavía, renovarlo para las ya olvidadas, forjarse una nueva gramática con sus leyes. . . JORGE ENRIQUE ADOUM, *César Vallejo y el derecho a la esperanza*. (Suplemento de *El Comercio*, Lima, 19 de mayo de 1957).

Es preciso estar en posesión de una paciencia sin pasión para soportar el hastío de un domingo, que no es morir sino estar en la existencia sin objetivos inmediatos. El día domingo lo deja vacío, *sin el nudo de sueños, sin tu emoción ambigua*. El domingo, por supuesto, está *constelado de hemisferios de grumo* —los otros días de la semana— y es el día en el que caben los sueños imposibles, las *eternas américas inéditas*.

Vallejo era una voluntad energética. La ociosidad destruía el magnífico aparato de su energía creadora. En el día domingo, se apolillaba su paciencia, que era de madera, por eso mismo, sorda, vegetal. Y, entonces, era llegada la hora de pensar en ese otro domingo

el domingo bocón y mudo del sepulcro
cuándo vendrá a cargar este sábado
de harapos...

Vallejo se sentía también en sábado, en el hombre de la víspera del domingo, bocón y mudo. Sábado, además, porque es el día que preanuncia el domingo, porque en la entraña del sábado subyace la inutilidad de los brazos y carga de sombras el corazón solitario. Sintió, también, la angustia de la vida inútil, del corazón que ama y no puede ser repartido. El domingo no es un día de amor sino de fiesta. Es un día horrible, día de sepulcro. En él decaen todos los optimismos. Y quien se descubre baldío, puede darse a pensar cosas como éstas:

...esta horrible sutura
del placer que nos engendra sin querer,
y el placer que nos DestieRRa!

El hombre es una costura, es lo que une a la especie a través del placer

...que nos engendra sin querer,

esa misma circunstancia que coloca al hombre en una tierra que no eligió y que, por eso mismo, lo hace sentirse DestieRRado, no desterrado. Porque el DiestieRRo —tal como lo siente Vallejo— es distinto al del hombre que está situado en una tierra que no es la suya. La tragedia es simple y enorme: es la del DestieRRo que se percibe en la dramática desesperación de un domingo, *puro, niño, inútil*, a propósito para engendrar sin querer y sentirse una fría sombra humana a través de innumerables *américas inéditas*, terrible gozo de la imaginación que sustrae al hombre de sus rumbos vitales.

El deleite en el acto de concebir sin amor no es, en la poesía de Vallejo, una afirmación de que el amor no existe. Es una reflexión propicia en día domingo. El domingo —el día domingo vallejiano— es hábil para urdir pensamientos mezquinos y amores perecederos; se olvida el amor y la muerte es una liberación. El amor no es el placer. El placer —el turbio placer extravital— es lo que DestieRRa al hombre puesto que lo coloca más abajo de la estricta animalidad. Y las erres —en mayúscula— acentúan la desolación del individuo en su chirriante caída inevitable.

POEMA XV

En el rincón aquél, donde dormimos juntos
tantas noches, ahora me he sentado
a caminar. La cuja ⁽¹⁹⁾ de los novios difuntos
fue sacada, o tal vez qué habrá pasado.

Has venido temprano a otros asuntos
y ya no estás. Es el rincón
donde a tu lado, leí una noche,
entre tus tiernos puntos,
un cuento de Daudet. Es el rincón
amado. No lo equivoques.

(19). Armadura de la cama. (En Perú: andas que se utilizan para llevar los muertos al cementerio). N. del A.

Me he puesto a recordar los días
de verano idos, tu entrar y salir,
poca y harta y pálida por los cuartos.

En esta noche pluviosa,
ya lejos de ambos dos, salto de pronto...
Son dos puertas abriéndose cerrándose,
dos puertas que al viento van y vienen
sombra a sombra.

En este poema, Vallejo nos inserta en el recuerdo de un pasado amor. Y el poema tiene el movimiento del recuerdo, pleno de los hechos que integran el recuerdo, la hora amable: el rincón, las noches de recogimiento, la lectura de Daudet, la caricia, el beso, los días de verano, el entrar y salir de la amada. Y luego dos formas de expresión que confieren a la poesía de Vallejo el prestigio de su personalidad:

...me he sentado a caminar
Son dos puertas abriéndose cerrándose

¿Qué es el recuerdo sino una forma de andar por el recuerdo, caminar a través de las cosas que fueron? Lo corriente habría sido decir:

Me he sentado a recordar...
Son dos puertas que se abren y se cierran...

Empero, estas expresiones no contienen el sentido dramático que integra la poesía de Vallejo. Son, además, un poco menos de la poesía.

...Me he sentado a caminar.

Dicho así, se percibe la situación del hombre que se mueve en el ámbito de la recordación, que ha sido ganado por la angustia, que su recuerdo es un recuerdo distinto. Es decir,

que es una manera distinta de vivir un recuerdo. La hondura del alma, asomada a las horas amables del

rincón
donde a tu lado, leí una noche
entre tus tiernos puntos...

se vuelve entera en el eco emocionado del recuerdo, en esa confesión del poeta que se ha *sentado a caminar*... El poema no es un registro minucioso de las horas vividas en su compañía. Contiene las palabras precisas. Vallejo tiene un profundo respeto por sus emociones. La poesía prevalece en los sentimientos. Amaba mucho. De todo lo que compone el recuerdo, priva el rincón. Nada concluye definitivamente. Siempre tiene el hombre una *noche pluviosa* para sentarse a caminar a través de las horas más sentidas y vividas. ¿Cómo fue la persona amada? Era pequeña, pálida y enamorada.

Es el rincón
donde a tu lado, leí una noche,
entre tus tiernos puntos...

La ternura de la mujer está asociada a una hora inolvidable: la lectura de Daudet. No es el recuerdo de Daudet. La vivencia es la amada que besaba a Vallejo a lo largo de la lectura. Lo que subsiste ciertamente son los *tiernos puntos*, los besos de la mujer amada que forzaban la pausa en la lectura. De esta manera se insertó Daudet en lo más denso del recuerdo sentimental.

Ya lejos de ambos dos, salto de pronto...

El recuerdo es recuerdo porque todo está lejos. Es lo cierto.

Ya lejos de ambos dos...

Es decir, Vallejo y su amada, están lejos de los instantes que fraguaron el recuerdo. No están en ellos, no son los seres que fueron. El recuerdo es el salto hacia lo que fueron, es un retorno imposible porque el salto es el vacío.

Son dos puertas abriéndose cerrándose...

No son las puertas que proporcionan seguridad. No.

son dos puertas que se abren y se cierran.

Las puertas, en el poema, están compuestas de Vallejo y la amada. El amor es la certeza de que supimos amar. El amor no es seguridad. La belleza del amor es, precisamente, su inseguridad. De ahí pues la imagen poética —densa en dramatismo— es el instante en que Vallejo, mediante el recuerdo,

salta de pronto...

y comprende que la vida se compone de tragedia:

Son dos puertas abriéndose cerrándose,
dos puertas que al viento van y vienen
sombra a sombra.

La imagen de las puertas no es otra cosa que la terquedad del ser que abandona lo que quiere —abre una puerta— y la cierra sobre las horas inmediatas. Es decir, que aquello que se vivió —cálido y hondo— no tiene valor de eternidad. Que la eternidad no es más que el vacío, sombra a sombra. La tragedia de la sombra es el desgarrón de Vallejo porque la sombra cae sobre aquello que fue, que se quiso. La sombra es la sombra porque antes fue la luz. No existe la sombra de la sombra. En el amor la sombra es la soledad porque la luz ya se encuentra en otra parte.

Y en la estructura tipográfica del poema, deliberadamen-

te Vallejo ha separado ambas palabras sombras. De esta manera *sombra a sombra* representa las

puertas abriéndose cerrándose,
dos puertas que al viento van y vienen
sombra a sombra.

Sobre las vidas que han compuesto una honda experiencia sentimental, ha caído el silencio infinito. Todo pertenece a la sombra porque todo pertenece al pasado. Sólo un recuerdo —cálida ceniza de un tiempo amable— le permitió a Vallejo componer un poema de honda belleza en la angustiosa síntesis de dieciocho versos. Nadie —que yo sepa— ha expresado tanto con tal economía de palabras.

POEMA XVI

Tengo fe en ser fuerte.
Dame, aire manco, dame ir
galoneándome de ceros a la izquierda.
Y tú, sueño, dame tu diamante implacable,
tu tiempo de deshora.

Tengo fe en ser fuerte.
Por allí avanza cóncava mujer,
cantidad incolora, cuya
gracia se cierra donde me abro.

Al aire, fray pasado. Cangrejos, zote!
Avístase la verde bandera presidencial,
arriando las seis banderas restantes,
todas las colgaduras de la vuelta.
Tengo fe en que soy,
y en que he sido menos.

Ea! Buen primero!

Este es el poema del optimismo. Es el poema que no permite hablar del pesimismo de Vallejo, poeta escéptico en la

acepción etimológica del contemplador, meditador, examinador. Fue optimista. Sólo así pudo ser un profundo poeta, es decir, hacedor, creador. Su ser individualista —no marginal— sintió el orgullo de la hombridad. Coincidió con Máximo Gorki: *La fuerza creadora más apreciable es el hombre* (20). No fue otra cosa que creador. La creación tuvo en él un sentido universal.

Tengo fe en ser fuerte...

La fortaleza que invocaba era un permanecer dueño de sí mismo, la secreta unidad en el hombre.

Dame, aire manco, dame ir
galoneándome de ceros a la izquierda...

El aire que solicita Vallejo no es, por supuesto, el fluido atmosférico. El aire es la apariencia, la manera, la disposición natural, atributos que, en el sujeto, padecen de cierta mancuada. Exige de sí la posibilidad de ir

galoneándome de ceros a la izquierda.

La imagen numeral no es una forma de sentir a la colectividad en un plano inferior. El cero y el uno, son el rescate de su autenticidad. La idea de los ceros a la izquierda es la que le va a proporcionar a Vallejo su potencia individual, el puro individuo, la suma individualidad. El número ha sido puesto al servicio de una idea esencial, es un elemento de ponderación y de liberación. Los ceros a la izquierda no someten a la unidad. Conservan, por otra parte, su valor intrínseco puesto que no proporcionan cantidad sino calidad. La unicidad no es el número sino una forma de existir en la esencialidad.

(20) La revolución y la cultura, pág. 19. La Bolsa de los libros, Bs. As.

dad del ser. Es la categoría del hombre porque el hombre es el individuo. Y el permanecer en el uno —galones de ceros a la izquierda— no es omisión de las otras individualidades. Es una valoración de los hombres puesto que cada hombre debe reclamar su ser concreto, la unicidad en el centro mismo de la comunidad. El Uno no es el Unico. El Uno es el gobierno de sí mismo.

Y tú, sueño, dame tu diamante implacable,
tu tiempo de deshora.

Ser uno mismo y el privilegio de poseer el *diamante implacable*,

tu tiempo de deshora.

Es decir, soñar. Coronar la aventura humana con el penacho de un sueño, la libertad por venir. Ese es el tiempo de deshora, la hora del sueño que no es la hora de mañana. La hora de mañana tiene necesariamente que ser la hora del hombre libre, liberado.

Al aire, fray pasado. Cangrejos, zote!

Los elementos del conservatismo y la retrogradación, no se rigen por el Número. El Número no es una norma, es una actitud de rebeldía. Los Unos, galoneados de ceros a la izquierda, sienten así los días del sueño,

tu tiempo de deshora.

Avístase la verde bandera presidencial,
arriando las seis banderas restantes,
todas las colgaduras de la vuelta.

La *verde bandera presidencial* será el día del mundo de mañana, la hora que no será —como la de hoy— deshora—. Es la esperanza porque

Tengo fe en ser fuerte.

Y esa bandera llevará delante suyo a las seis banderas restantes, los días de la semana, los días jubilosos de una sociedad en construcción, y en la cual el hombre, en su condición de Uno, sabrá definitivamente que el hombre vale como individuo y no como masa, como calidad y no como cantidad. En la cantidad prosperan los redentoristas. En el Uno el hombre advierte que es dueño de su destino y que su destino no está en ser un número sino un individuo.

Entonces, sólo entonces, se podrá decir con Vallejo:

Tengo fe en que soy,
y en que he sido menos.

Ea! Buen primero!

Vallejo está entre los primeros: claro, conceptual, revolucionario. Dióle a los hombres su palabra lúcida y el sentido de su fe. Con él, repitamos todos los días:

Dame, aire manco, dame ir
galoneándome de ceros a la izquierda.
Y tú, sueño, dame tu diamante implacable,
tu tiempo de deshora.

POEMA LVII

Craterizados los puntos más altos, los puntos del amor, de ser mayúsculo, bebo, ayuno, absorbo heroína ⁽²¹⁾ para la pena, para el latido lacio y contra toda corrección.

(21) El uso de éter y heroína, así como el opio, este último sugerido en uno de sus cuentos, constituye un corto período de experiencia: le significó, por cierto, la pérdida del cargo de profesor en el Colegio Nacional de Guadalupe, de Lima. Yo recuerdo haber visto al poeta, por aquella época, en el año 1923, bajo el efecto transportador del éter. XAVIER ABRIL, *Vallejo*, pág. 30. Ediciones Front.

¿Puedo decir que nos han traicionado? No.
¿Qué fueron todos buenos? Tampoco. Pero
allí está una buena voluntad, sin duda,
y sobre todo, el ser así.

¡Y qué quien se ame mucho! Yo me busco
en mi propio designio que debió ser obra
mía, en vano; nada alcanzó a ser libre.

Y sin embargo, quién me empuja.
A que no me atrevo a cerrar la quinta ventana.
Y el papel de amarse y persistir, junto a las
horas y a lo indebido.

Y el éste y el aquél.

Para crear vida, para promover el progreso, para suscitar interés y vivacidad, es necesario quebrar las formas, modificar estructuras, cambiar la naturaleza de nuestra civilización. Para crear hay que destruir; y un agente de destrucción en la sociedad es el poeta. Creo que el poeta es necesariamente un anarquista... Así define Hebert Read ⁽²²⁾ el menester de los poetas. Tales planos constituyen la residencia de César Vallejo, quien no debió conocer el pensamiento del poeta inglés contemporáneo. Poco monta. César Vallejo traía del seno materno las tendencias espirituales que conformaron luego su posición ética y estética ⁽²³⁾. Fue un ser libre. Y si un radical temperamento se advierte en su obra, es la pugna por el aere-

⁽²²⁾ *Sin programa*. Arte, poesía y anarquismo. Reconstruir, pág. 8.

⁽²³⁾ El desequilibrio de Vallejo parece ser de muy variada raigambre neurótica. Concurren en él diversas circunstancias determinantes. Una sería —como ya se ha visto— la infancia absorta e indefensa. Los propios datos proporcionados por el poeta en el desarrollo de su adultez confirman el carácter de *tipo* psicológico, determinado por un traumatismo precoz que podríamos considerar de *hogar*, el mismo que se transformó en su complejo —llamémosle de alguna manera— de temor ante la vida: ese sentirse desamparado —sin padres— en el espacio y en el tiempo. XAVIER ABRIL, *Vallejo*, páo. 18. Ediciones Front. (Esta afirmación revela la incapacidad de Abril para interpretar el alto mensaje insurreccional de Vallejo, su voz universal. N. del A.).

centamiento de su libertad espiritual. Era pues menester destruir las antiguas formas de la poesía, acentuar el movimiento revolucionario de Rubén Darío, construir un verso en el cual la palabra contuviera la totalidad de su pureza como verdad.

El Poema LVII es ese instante de la revisión. Medita en torno a su puesto en el mundo, su quehacer entre los hombres. Sus sueños han adquirido proporciones de cráteres. Hierve la pasión en sus senos. ¿Los movimientos son de avance? Lo cierto es que la pena ocupa un sitio en su corazón. Tiene conciencia de su amor y de la formidable belleza de su ser individualista:

Craterizados los puntos más altos, los puntos
del amor, del ser mayúsculo...

Eso no es todo. El amor y el respeto por el hombre, no devuelven las corrientes de la solidaridad. El poeta continúa solo. Entonces,

bebo, ayuno, ab-
sorbo heroína para la pena, para el latido
lacio y contra toda corrección.

No hay correspondencia. La sociedad burguesa es trágicamente sorda. No siente la pasión de la vida vivida libremente. Siglos de cultura sedentaria, han hecho del ser un monstruo de resignación. Tamaña inmovilidad espiritual, llena de pena a César Vallejo. Y la pena es un pequeño enano corrosivo al que ahuyenta con el tóxico. ¿Una forma del suicidio? Es posible que César Vallejo hubiera pensado en su muerte voluntaria. Mas, la bebida, el ayuno y los estupefacientes son representaciones de la protesta frente

al latido
lacio y contra toda corrección.

Es una actitud de rebelión. No es un modo literario de estar en sociedad sino de erguirse heroicamente ante lo que,

en el seno de un mundo decadente, constituyen los índices de
toda corrección.

El *latido lacio* es una manera de vivir sin correspondencia. Lo cierto es que el mundo de hoy no ofrece una residencia cómoda a los poetas. No se perciben sus latidos continentales. Es la congoja de Vallejo. Y se interroga a lo hondo:

¿Puedo decir que nos han traicionado? No.
¿Que todos fueron buenos? Tampoco. Pero
allí está una buena voluntad, sin duda,
y sobre todo, el ser así.

La *buena voluntad y el ser así*, son estados de ánimo de César Vallejo. No descubre la traición. Es que no existe. Lo que se cuenta es indiferencia, una forma primaria de la cobardía. La bondad, por otra parte, es privilegio de unos pocos. Ese era el territorio en que transeurrieron los años decisivos de Vallejo. A su postura insurreccional, a la demanda de respeto a su condición de hombre libre y lírico, le respondieron con la burla y el escarnio. Pero él era anarquista, es decir, poeta. Y se conforta:

¡Y qué quien se ame mucho! Yo me busco
en mi propio designio que debió ser obra
mía, en vano; nada alcanzó a ser libre.

La primera condición del sentidor es amarse. Es preciso construir un estilo de vida. César Vallejo fue una exaltación de la pura individualidad romántica. Le venía de sus sangres cálidas y osadas, exacto reparto de español insurrecto y de indígena libertario. Nietzsche e Ibsen, modelaron los atrevimientos.

Yo me busco
en mi propio designio que debió ser obra
mía, en vano: nada alcanzó a ser libre.

Nadie logra ser libre en totalidad, definitivamente. Es una experiencia. Estamos atados a nosotros mismos, a nuestra realidad inmediata. Ser-uno-mismo no implica necesariamente ser libre. Ser-yo-mismo es ser-en-otro. Soy libre en cuanto elijo, mas no elijo solamente para mí sino que elijo para la totalidad. De suerte pues que las formas mismas de la cultura —de mi cultura— me llegan de fuera, no son creadas en mí y para mí. No soy libre puesto que tomo de los otros y no puedo omitir que mi propia experiencia ha de ser aprovechada por quienes escoltan mis pasos. Esta reflexión ha sido el descubrimiento de César Vallejo, pues a continuación dice:

Y sin embargo, quién me empuja.

¿Qué fuerza secreta es la que lo conmueve y arrastra? Es el sentimiento de la solidaridad, es la necesidad de ir suscitando parejas inquietudes. ¿Qué no se le comprende? El *latido lacio* no hará que clausure su latido universal. Valga su verso:

A que no me atrevo a cerrar la quinta ventana.

El quinto rumbo es el del corazón, su corazón. No dejará de amar que es la manera única de amarse. Es decir, no cejará en su combate cotidiano por el rescate del hombre, su incorporación a su entraña, la participación en sus dolores, la destrucción de su soledad.

Y el papel de amarse y persistir, junto a las horas y a lo indebido.

Lo *indebido* en la sociedad burguesa es estar frente a las normas de obediencia, obedecer. Es la definición del ser rebelde, atraído por las problemáticas del ser, el aniquilamiento de la voluntad, la derrota del hombre. Y adquiere las proporciones de un grito su verso último, convocatoria actual para de-

cidir posiciones finales en el largo pleito entre las fuerzas que cierran el camino del hombre y el hombre que quiere ser él:

Y el éste y el aquél.

¿Qué otro poeta ha sentido más hondamente la trágica suerte del hombre y ha pronunciado con más absoluta desnudez su palabra de redención? Este es el valor permanente de César Vallejo, su lección inmortal. Quienes no se atreven

a cerrar la quinta ventana...

podrán ser los herederos de su sueño y de su verdad. Y darán razón a Herbert Read: *Sólo queda el camino que yo elegí: reducir las creencias a lo fundamental, rechazar todo lo que sea temporal, y luego permanecer donde uno se encuentra y sufrir si hay que sufrir* (24). Que es lo que hizo, por otra parte, César Vallejo.

POEMA XXII

Es posible me persigan hasta cuatro magistrados vueltos. Es posible me juzguen pedro.
¡Cuatro humanidades justas juntas!
Don Juan Jacobo está en hacerío,
y las burlas le tiran de su soledad,
como a un tonto. Bien hecho.

Farol roto, el día induce a darle algo,
y pende
a modo de asterisco que se mendiga
a sí propio quizás qué enmendatura.

Ahora que chirapa tan bonito
en esta paz de una sola línea,
aquí me tienes,

(24) *Obra citada*, pág. 11.

aquí me tienes, de quien yo penda,
para que sacies mis esquinas.
Y sí, éstas colmadas,
te derramases de mayor bondad,
sacaré de donde no haya,
forjaré de locura otros posillos,
insaciables ganas
de nivel y amor.
Si pues siempre salimos al encuentro
de cuanto entra por otro lado,
ahora, chirapado eterno y todo,
heme, de quien yo penda,
estoy de filo todavía. ¡Heme! (25).

César Vallejo soportó prisión por sus ideas de redención social. Se le persiguió con saña. Lo apellidaron incendiario. Las horas del prisionero tienen estos versos en el Poema XVII:

Oh las cuatro paredes de la celda.
Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número.

En el seno de la sociedad burguesa, todo está regido por una fórmula matemática. No importa el hombre. Lo que preocupa es la seguridad de un sistema político, es la preservación de los intereses de casta. Aquel que estorbe al desarrollo de un mundo sin horizontes —en demanda, precisamente, de otros horizontes— caerá en los engranajes de una ley bárbara. Y con él se cumplirá la sentencia de Fouché: *Al lobo, a la loba y a los lobeznos*. César Vallejo lo sabía. Tuvo confianza en sus propias energías. Todo tiene la medida de la fatalidad:

(25) La pureza poética de *Trilce*, pureza íntegramente espiritual: pureza de mar no de agua destilada, tiene tanto empuje, tanto ímpetu, que nos parece áspera y dura al primer contacto; pero, por eso mismo, como todo lo que expresa más estrictamente, afianza el sentido humano de lo verdadero: la poesía, que es lo humanamente verdadero: o, verdaderamente, lo más humano. JOSÉ BERGAMIN, *Prólogo en Trilce*. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.). Julio de 1920. Imprenta San Martín y Cia., San Pedro, 16, Madrid.

Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número.

Criadero de nervios, mala brecha . . .

Por eso *las cuatro paredes albicantes* le dieron, sin *remedio*, el mismo número. No podían darle otro. No era, por supuesto, el número lo que a él importaba. En el ser prisionero, lo que importa es la libertad, no su libertad, sino la libertad que en él ha sido sacrificada. Porque el sentimiento de la libertad —en el hombre que tiene el orgullo de su individualidad— no puede ser destruido. Permanece vivo, indemne, intocado. La pérdida de la libertad como concepto jurídico, es un accidente. En él está soportar las consecuencias de una actitud vigilante. El hombre participa en un mundo acerca de cuya estructura, no ha sido consultado. Si la acepta, lo apuntala. Si, por el contrario, se rebela y pugna por alcanzar una organización social ecuaníme, le estará reservado, a su bronco esfuerzo, una celda.

Ah las cuatro paredes albicantes

en la cual sólo duele la ociosidad infecunda,

esta mayoría inválida de hombre.

César Vallejo prisionero, percibe la dimensión de la injusticia. No se vuelve iracundo hacia sus perseguidores. Ellos realizan su oficio. Y en la celda cavila el sentido de las horas inmediatas. Lo que sobrevenga ha de ser en cumplimiento de una fuerza tremenda. Es la dignidad de la protesta. Y el Poema XXII está compuesto de los instantes pasados en la celda. César Vallejo piensa :

Es posible me persigan hasta cuatro
magistrados vueltos. Es posible me juzguen pedro.

Un magistrado por cada pared. Cuatro magistrados — con una concepción específica de la justicia — estarán vueltos, es decir de espaldas, a la realidad del hombre que quiere ser libre.

Es posible me juzguen pedro.

Pedro ha sido escrito con minúscula. No lo ha sido por error. Pedro, con minúscula, es un retorno a la raíz etimológica del nombre Pedro. Dicho así, equivale lo mismo a

Es posible me juzguen piedra.

Para la lógica insensibilidad de los jueces, el hombre prisionero no es un hombre. Es, simplemente, algo desprovisto de corazón sensible, una piedra. César Vallejo especula con la naturaleza infrahumana de los jueces. Se han mofado de sus ideas.

Don Juan Jacobo está en hacerio,
y las burlas le tiran de su soledad,

Hacerio vale tanto como zaherir. Las ideas de Juan Jacobo Rousseau —que son las de César Vallejo— han sido ridiculizadas. Su modo de pensar —influido, claro está, por el vigoroso pensamiento de Rousseau— es el que ha sido prisionero. Tener ideas ha sido siempre un delito. En Perú como en cualquier parte. Saberlo, es la medida del equilibrio y del valor. Por eso el poeta aguarda en el universo de la luz, que es el lado de la vida. Y desde el agujero de la celda, observa un día en que llueve con sol, en que chirapa. Y medita. La meditación es una compañía, la soledad es menos soledosa. Y la imagen poética luce con acierto:

Farol roto, el día induce a darle algo...

El sol se inserta en la meditación de César Vallejo. Es un modo de escapar del encierro, de la miseria de una sociedad que procura salvarse con el encierro de un soñador. Escapar y salvarse. En la hora primera del encierro, el sol debió llenarse de la tristeza del hombre prisionero hasta ser un

Farol roto . . .

Es decir, que la luz del sol no fue toda su luz. Le llegaba en hilachas pluviales.

El día induce a darle algo,
y pende
a modo de asterisco que se mendiga
a sí propio quizás qué enmendatura.

Asistir a un día de lluvia con sol —chirapa— es una manera de sentir al sol que llora, que se mendiga a sí mismo enmienda. Un poco de la luz del poeta puede ser necesaria para el prestigio del sol. El sol es un mendigo de luz. En cambio, el poeta no mendiga su libertad, que es la luz.

La fortaleza moral del hombre supera la contrariedad de una hora fugitiva. Todo reside en la heroica resistencia espiritual. Es cuando el hombre entra en sí mismo, se ensimisma. Y César Vallejo, que fue un optimista radical, le dice al sol, su compañero de las horas inválidas:

Ahora que chirapa tan bonito
en esta paz de una sola línea,
aquí me tienes,
aquí me tienes, de quien yo penda,
para que sacies mis esquinas.

Ahora que chirapa tan bonito

regresó la paz a su espíritu

esta paz de una sola línea . . .

vertical, si el prisionero está de pie, u horizontal, si yace. César Vallejo pende del sol :

aquí me tienes para que sacies mis esquinas . . .

Son las cuatro esquinas que componen el ser, la totalidad del hombre, el gusto por vivir en plenitud vital. En el Poema XVIII, canta así el poeta :

por sus cuatro rincones cómo arranca
las diarias aherrojadas extremidades.

La geografía de la celda corresponde, en la imagen poética, a la geografía del hombre. Pretende que la luz lo colme por entero,

para que sacies mis esquinas . . .
Y si, éstas colmadas,
te derramases de mayor bondad,
sacaré de donde no haya,
forjaré de locura otros posillos,
insaciables ganas
de nivel y amor.

El Poema es el eco de su bello corazón. Todo lo esperó de la luz, que es la libertad. Y clausuradas sus posibilidades por la violencia, su espíritu se acomoda a la perspectiva de un sol pleno —sin chirapa— que alumbre las zonas de su alma.

Y sí, éstas colmadas,
te derramases de mayor bondad,
sacaré de donde no haya,
forjaré de locura otros posillos,
insaciables ganas
de nivel y amor.

La prisión no destruye al hombre que es hombre, al hombre que aun en la prisión, canta. Intuir el porvenir del hom-

bre a través del amor, es la grandeza del poeta ecuménico. Nada se ha perdido si el hombre es capaz de padecer por sus sueños. Amar no es perdonar. El perdón es una ofensa. César Vallejo no canta para sus carceleros, no ama para ellos. El sueño —soñar— es el instrumento mágico del poeta. Los sueños corresponden a un mundo por venir. Por eso, canta :

sacaré de donde no haya,
forjaré de locura otros posillos

Es menester forjar el territorio ideal, la definitiva residencia de las

insaciables ganas
de nivel y amor.

Procura el poeta César Vallejo una medida común para el hombre, una comunidad igualitaria, establecida por la mutua correspondencia. Nada es duradero fuera del amor que —por ser tal— comienza por no ser egoísta. El egoísmo es la derrota del hombre, el sacrificio de su sensibilidad.

Fue Vallejo una emoción alerta. Idealmente, construyó el mundo de mañana. Residió en él. Y a su construcción real, arrió todos los días un poco de su coraje civil, de sus sueños más hondos.

Si pues mientras salimos al encuentro
de cuanto entra por otro lado...

Salir al encuentro de algo es marchar en busca de lo que se apetece. Lo que se apetece es también lo que se sueña. Eso entra por otro lado, es decir, sigue una dirección distinta de la del sol. Entra, necesariamente, por el corazón. Es el amor. El hombre se ha salvado.

ahora, chirapado eterno y todo,

Se vuelve hacia el sol, en el día lluvioso. De cualquier manera, mientras dure el encierro, será un

chirapado eterno y todo.

Sin embargo, el poeta sabe de la condición del hombre, la certeza en sí mismo, la confianza en su propio instinto inmejorable:

heme, de quien yo penda,
estoy de filo todavía. ¡Heme!

Recuperará un día su libertad y el sol tornará a ser suyo. Tiene confianza en ello. El encierro no ha mellado su naturaleza rebelde.

estoy de filo todavía. ¡Heme!

Permanece en la celda pero está intacta su audacia de soñador. ¡Heme! dice. El estar-allí, ser-él-mismo, es lo que importa. La palabra ¡heme! no tiene la jerarquía del grito. Es una simple constancia de la existencia del poeta en un lugar determinado del espíritu, en sí mismo, que es el sitio en que debe sentirse todo hombre para comprender de una vez — para siempre— a la humanidad, libre y liberada.

IV

EL DEBER CON EL HOMBRE

El 6 de marzo de 1894 nació en Santiago de Chuco, Perú, César Abraham Vallejo. Es un dato. Lo que importa saber es que la inquietud de Vallejo otorgó a esa fecha, y a ese lugar, la singularidad específica de ser el día y el ámbito del nacimiento del hombre que, años después, había de llenar con sus acentos la lírica universal. Para entonces era nada más

que César Vallejo. Había eliminado su segundo nombre. Murió el 15 de abril de 1938, en París, no en jueves y con aguacero, sino en día de viernes santo y de rara luminosidad:

Lo presente y prosa:

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

Había hecho su camino a lo largo de cuarenta y cuatro años de militancia heroica, de búsqueda angustiosa, de apasionados descubrimientos espirituales. No le preocuparon las ideas sino sus ideas. En la alternativa de tener que elegir su puesto entre los hombres, fue arrastrado por su fe fraterna. Si alguna vez se enroló en núcleos doctrinarios, esas tendencias correspondían a los sentimientos de su pasión solidaria. Porque César Vallejo no inquirió del hombre de qué zona política llegaba hasta él. Fue en demanda de ellos, identificado con su congoja, con su dolor vecino y último. En *Un hombre pasa*... dice, entre otros, estos versos:

Un hombre pasa con su pan al hombro.
Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras.
Cómo escribir, después, del infinito?

Un albañil cae de un techo, muere, y ya no almuerza.
Innovar, luego el tropo, la metáfora?

Evidentemente, era algo más que el poeta del hombre. Fue el poeta del deber con el hombre. No preocupan los modos

y el estilo de vida del poeta. El poeta es su obra. Lo que ella contenga de eternidad, será la existencia documentada. Eternismo no modernismo, reclamaba Miguel de Unamuno. El entendimiento del deber, que informaba el transcurrir de Vallejo, es lo que perpetúa la vigencia de su poesía más allá de la dura noticia de su órbita, lo que da razón a la razón de su existencia.

Juan Larrea en *César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de su razón* (28) se propone descubrir, en la inquieta actitud del poeta, su razón crucificada por una indagación áspera en el alma indígena con proyección continental. Propuesta peregrina la de Larrea puesto que supone quitar a Vallejo del orbe natural de que provenía. Nada de lo suyo fue racional. Es la grandeza de su poesía. Ella le venía de adentro como la sangre, como las lágrimas. De esa zona singular del alma de Vallejo brotó la poesía que apellidó *Agape*:

Hoy no ha venido nadie a preguntar;
ni me han pedido en esta tarde nada.
No he visto ni una flor de cementerio
en tan alegre procesión de luces.
¡Perdóname, Señor; qué poco he muerto!
En esta tarde todos, todos pasan
sin preguntarme ni pedirme nada.
Y no sé qué se olvidan y se queda
mal en mis manos, como cosa ajena.
He salido a la puerta,
y me dan ganas de gritar a todos:
Si echan de menos algo, aquí se queda!
Porque en todas las tardes de esta vida
yo no sé con qué puertas dan a un rostro,
y algo ajeno se toma el alma mía.

Hoy no ha venido nadie;
y hoy he muerto qué poco en esta tarde!

(28) Publicación de la Universidad Nacional de Córdoba.

En estos versos está el todo entero ser de César Vallejo. Está su ser y el íntimo secreto de su vida y de su poesía. Fue un hombre sin subterfugios. Un hombre desasosegado y simple que debió luchar rabiosamente con su corazón. Un hombre así tuvo necesariamente que turbar a la sociedad de su tiempo. Resultó un ser extraño el ser que se interrogó a lo hondo y se puso del lado del dolor anónimo y múltiple. ¿Revolucionario? ¿Satánico? No, un hombre apenas, identificado con el hombre universal. La inicial experiencia fue la de su soledad existencial, la abismática soledad del hombre. Y colocado en el centro de un mundo no del todo hábil para la emoción solidaria, le fue menester la revelación de su ser metafísico.

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre si te sufre: el Dios es él!

Esta es la grandeza absoluta de César Vallejo en su ser y su poesía. El hombre está dramáticamente solo formulando los ásperos interrogantes que le dicta el amor, que es la ternura.

Confianza en el antejo, no en el ojo,
en la escalera, nunca en el peldaño,
en el ala, no en el ave,
y en ti solo, en ti solo, en ti solo.

No es un poeta y una poesías, nuevos. Es, a lo sumo, lo que Pablo Rojas Paz ⁽²⁷⁾ definió como el Gran Contestador. Es que César Vallejo, hombre, tomó para sí la responsabilidad de explicar la suerte del hombre, su porvenir inmediato. En la desesperada inquietud de hallar la palabra que lo resolviese todo, su verbo tomó las proporciones de una voz uni-

(27) *Vallejo* (Cada cual y su mundo), pág. 126. Editorial Poseidón.

versal. En sus sangres múltiples y cálidas, no han de verse los rastros de otras sangres. Es la calidad de una sangre, el impulso de un pulso, la voluntad de un hombre que no mezquinó su orgullo cuando debió elegir el rumbo de su aventura. Y se quedó el hombre con el hombre en una repartición equitativa de sus dolores antiguos y de sus hambres remotas.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

La actitud pues es la del combatiente, cada cual a su modo y con su arma. A César Vallejo le correspondió una trinchera y su palabra. La poesía fue su destino. Con ella anduvo por la tierra en una distribución minuciosa de su ser.

En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte... La muerte no fue una evasión de César Vallejo. La muerte la entendió como una participación activa del quehacer cotidiano. Había mucho que hacer por la felicidad del hombre, su felicidad. Tal fue su trabajo. En ese negocio se le fue la vida. Y cuando en una tarde cualquiera advertía que nadie había llamado a su enorme corazón hospitalario, brotaba su infinita congoja:

Hoy no ha venido nadie;
y hoy he muerto qué poco en esta tarde!

El canto no fue la canción desesperada, sin horizontes. César Vallejo había multiplicado los horizontes. Canta:

Entonces, todos los hombres de la tierra
lo rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado:
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre, echóse a andar...

Toda la fe residía en él porque entendió el valor del individuo, la condición primera del hombre. En él, en la voluntad

de vivir y en la consagración del ser libre, estaba la cifra de su destino. Sirvió a ese destino por el camino de la solidaridad. Oigámosle:

César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el venticillo con que oyes, saben de ti por tu garganta.

César Vallejo, póstrate, por eso, con indistinto orgullo, con tálamo de ornamentales áspides y exagonales ecos.

Restitúyete al corpóreo panal, a la beldad; aroma los florecidos corchos, cierra ambas grutas al ceñudo antropoide; repara, en fin, tu antipático venado; tente pena. Que no hay cosa más densa que el odio en voz pasiva, ni más mísera ubre que el amor!

César Vallejo es todo un espectáculo. Lo espectacular no se descubre en las excelencias de su verso, original y hondo. Ni en los modos de su vida ni en las versiones que componen su leyenda (28). El espectáculo es él, todo él. ¿De qué secretas raíces extrajo esa vibración cósmica de amar a todo trance? ¿En qué fuentes recogió el acento de esa voz seca, desnuda,

(28) El diagnóstico a secas denunciaba: *infección intestinal aguda*, mas no se agregaba al síndrome el posible origen bacteriano, es una palabra, si era debido al bacilo de Koch o si en alguna forma el mal estaba complicado con las alteraciones de segundo grado producidas tal vez por el *treponema pálido*.

—Hacia mediados de 1928 Vallejo volvió a estar muy enfermo y postrado. En tales circunstancias, tras algunas dudas, se recurrió a hacerle análisis de sangre. El resultado debió ser positivo. Se le trató, entonces, como un mal específico.

—Parece ser —de acuerdo a mis informes— que el día en que murió César se le había hecho una punción lumbar al encefalo raquídeo, cuyo resultado fue maligno.

—Las citas son tanto frecuentes ya que por sí solas reflejan el estado sintomatológico del ánimo, entre confeso y sarcástico. El orden, hay que reconocerlo, es estricto. Comienza Vallejo por señalar el *ciclo microbiano*; la *placa positiva*; luego se refiere, irónico, a su *bacilo feliz y doctoral*; después alude a la *aguja prendida en el gran átomo*; y, por último, tras dudar de las virtudes salutíferas del *metaloido pálido*, declara, elegiacamente, que acaban los destinos en bacterias. XAVIER ABRIL, Vallejo, Cap. XVII, *La enfermedad*, págs. 221, 223, 225. Ediciones Front.

desgarrada y desgarradora? ¿De qué manera se injertó en su ser esa capacidad inverosímil para dolerse por los dolores que no son sus dolores? Nació con una pasión crística. Eso es lo más maravilloso en César Vallejo y sus símbolos vitales: León Tolstoy y Carlos Chaplin. La esperanza —su sed universal— se condensó en la Revolución Rusa de 1917 y Nicolás Lenin. No entendió la revolución sin el hombre y para el hombre. Y cuando el poeta advirtió que los intereses políticos se desentienan fácilmente del porvenir del individuo, retornó al ser de la poesía, a la unidad de la esperanza:

en el ala, no en el ave,
y en ti solo, en ti solo, en ti solo.

Y se quedó con España. Y murió con España. *Vallejo* —dice Jorge Enrique Adoum (29)— *compensó su pesimismo que nunca fue de textura personal— con una increíble capacidad de solidaridad humana, hasta el punto de morir por España como adentrándose por el sexo de la madre para ver en qué sitio le dolía.* Confió en el hombre, que era el de su pueblo. De él, dirá:

Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él...

Por eso estuvo con España, la España inmortal, la de los españoles que tomaron los cuarteles de Atarazanas y la Montaña y trabajaron por la libertad del hombre sin fronteras. Y cuando ya nada quedaba de la esperanza civil, la esperanza de César Vallejo tornó hacia los niños, a su corazón de niño sufridor y en *España, aparta de mí ese cáliz*, les dice:

...si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid niños del mundo, id a buscarla!...

(29) César Vallejo y el derecho a la esperanza. (Suplemento de *El Comercio*, Lima).

Si el desconsuelo lo embarga, su angustia se disuelve en palabras:

Hay ganas de no haber tenido corazón.

Pero su fortaleza de hombre excepcional se llena de viva vida, y en el trance de las últimas despedidas, él, que hizo lo que las circunstancias le permitieron hacer, que no dejó nada por hacer, entregó a los hombres su esperanza y su fe, la validez de su palabra incitadora:

Ah! desgraciadamente, hombres humanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer.

Comprendió que los problemas son universales y la sola latitud es el hombre:

Pues el afecto que quiébrase de noche en mis bronquios,
lo trajeron de día ocultos deanes y, si amanezco pálido,
es mi obra y si anochezco rojo, es mi obrero.

Ello explica, en fin, esta lágrima que
brindo por la dicha de los hombres.

ALBERTO FERNANDES LEYS

55 N° 1458, La Plata

